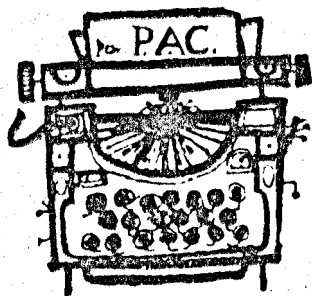


escrito a máquina

Escribo entre
creyentes.

La purificación del templo



"...Al ver todo lo que está pasando, permítame que le transmita las preguntas que yo mismo me hago: ¿Fue oportuno el Concilio? ¿Estaba preparada la Iglesia, la Iglesia dirigente, para enfrentarse a este oleaje de revisión? ¿No era ésta una hora peligrosa y demasiada violenta para plantearse problemas? ¿No hubo en el gesto de Juan XXIII la inocente irresponsabilidad del que desconoce lo que propone? O, por el contrario, fue el Papa Juan un verdadero inspirado al desatar esta agitación que se ha convertido en tempestad? En fin ¿será beneficiosa esta crisis que ha venido a poner al desnudo y en tela de juicio un montón de lacras y debilidades que antes, "piadosamente" se disimulaban?"

(Párrafos de una carta firmada por
"UN HOMBRE QUE DUDA").

RESPUESTA:

"Y haciendo un látigo con cuerdas echó a todos del templo, a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas les desparramó las monedas y les volcó las mesas y dijo a los que vendían: "Quitad esto! No hagáis la casa de mi Padre casa de comercio. Escrito está: "Mi casa será casa de oración, pero vosotros la habéis hecho 'cueva de ladrones' ".

El texto es escandaloso y el evangelista Marcos agrega: "Lo oyeron los grandes sacerdotes y los sabios, y buscaban cómo hacerle morir".

Indudablemente fue este suceso la gota que rebalsó el cáliz de la cólera de la iglesia judía, precipitando la pasión y muerte de Cristo. Pero, si meditamos sobre el texto y sobre la osadía —o, para decirlo más eclesiásticamente, sobre la imprudencia— de Jesús, algo nos dice que existe una estrecha analogía entre ese pasaje evangélico y el momento actual de la Iglesia: "¿Fue oportuno el Concilio?", —se pregunta, angustiado, mi lector.

Pensemos, en primer lugar, sobre lo que significaba el Templo para los judíos. Era el "santuario", el lugar único y sagrado del culto de un pueblo elegido pero también asediado, que había proclamado, a través de una historia larga y dramática, y contra todos los pueblos vecinos, a un Dios único y Señor universal. Era, desde Salomón el orgullo, el lujo, la gloria de Israel como también el corazón y centro de lo que pudiéramos llamar su nacionalidad. Y los "mercaderes" —que ahora, después de dos mil años de mala prensa, los vemos con malos ojos— eran los que hacían posible el sostenimiento de ese Templo. Eran los grandes "protectores" de la iglesia judía, apreciados hombres de empresa —no "malvados", no, ni sacrilegos— pero cuyo sentido práctico había invertido poco a poco la significación del Templo hasta convertirlo en "casa de comercio". Eran "respetables", útiles, beneficiosos ¿no sostenían ellos el culto, no permitía su comercio revestir de oro y mármol los altares y columnas, tejer con fino lino y púrpura las sagradas vestiduras sacerdotales? ¿Cómo se atrevía ese iluso o revolucionario a alterar la costumbre, a irrespetar los valores establecidos?

Seguramente los ojos con que el viejo Juan XXIII vio a la Iglesia eran los ojos de Cristo cuando miró SU templo. Habían muchas cosas que limpiar, no ciertamente las mismas pero sí semejantes en orden a una confusión de valores. Había que limpiar a la Iglesia de muchas adherencias históricas; de muchas contaminaciones culturales adquiridas a través del tiempo; de tradiciones y costumbres hijas de una época que no tienen por qué subsistir en otra época distinta entorpeciendo su labor; había que barrer con todo aquello que siendo accidental recubría lo esencial, porque la "Casa de Oración" se convierte en "Cueva de Ladrones" cada vez que la Verdad evangélica es mermada o menoscabada —es decir: robada— por uno de estos valores secundarios o "mundanos" que se le superponen. Cada vez que la conducta del cristiano o que el proceder de la Iglesia produce una ambigüedad o un equívoco sobre la Verdad del mensaje que Cristo depositó en ella: somos ladrones. Mercaderes del Templo. Había que devolver al "Templo" su puro y exacto significado. "Está escrito": fue la frase de Cristo. Pero ¿era prudente —en una hora tan peligrosa y tensa— promover esa agitación? Cristo conocía bien la situación grave que se estaba planteando en su contra cuando promovió el escándalo de los mercaderes. Quizás si ha tenido "prudencia" los jerarcas no se resuelven a matarlo. Un buen hombre de hoy diría lo mismo. ¿No bastaba la amenaza del ateísmo y la fuerza desecristianizante del materialismo para que, además, se promoviera una crisis interna en la misma Iglesia?

La respuesta es sencilla: la defensa de la Iglesia es su propia crisis. La Iglesia no se defiende, como las instituciones humanas, conservando posiciones, sino purificándose.

Existe, sin embargo, un punto débil. Preguntémonos cuántos judíos perdieron la fe en

Cristo al verle actuar temerariamente contra las costumbres de su propia Iglesia. Toda crisis es también una prueba. Una dura prueba. Revolucionar una situación establecida significa dejar al desnudo muchas lacras que no queríamos ver y, por lo tanto (así es la condición humana!) no nos escandalizaban. Pero una vez que esas lacras se hacen visibles perdemos la fe, precisamente porque habíamos puesto nuestra fe en valores suplentes. De la misma manera, provocar un cambio significa también abandonar algunas posiciones, desprenderse de algunos apegos y rutinas, despejar algunos conceptos que para muchos han venido a significar tanto y más que lo esencial: por eso, al sentirse despojados de ellos se creen perdidos en su vi-

vencia religiosa. Y hay más todavía: el cambio produce por sí mismo, la doble y contradictoria reacción humana del que se resiste y del que impulsa —del conservador y del progresista— con sus consiguientes exageraciones que profundizan —por lo menos aparentemente— la crisis, hasta que vuelve, no sin dificultades, pérdidas y desgarramientos, el equilibrio.

Ese es el punto débil para el cristiano, no para la Iglesia. La sacudida hace caer la hoja vieja e inútil, pero también la verde si su vínculo con la rama es débil.

La única savia que fortalece al cristiano es Cristo.